

# LOS HERMANOS KARAMAZOV

---

Fedor Dostoyevski

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

© Angeles Cardona de Gibert - 1972  
Estudio preliminar

© Francisco Bruguera - 1972  
Traducción

La presente edición es propiedad de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

1.ª edición en Obras Inmortales: abril, 1974

Impreso en España  
Printed in Spain

ISBN 84-02-03589-2  
Depósito legal: B. 8.804 - 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

## ESTUDIO PRELIMINAR

### Introducción histórica

Rusia queda, para el mundo occidental, envuelta en la niebla hasta llegar a la segunda mitad del siglo XIX. Cuando las naciones europeas oyen hablar de lo que escriben los hombres de la Rusia ignorada, el Romanticismo está a punto de ceder por completo su primacía a un nuevo modo de enfocar las cuestiones artísticas: el Realismo. También América, que entonces vive la última fogosidad romántica, se entera de que el inmenso territorio comprendido entre los montes Urales y los Cárpatos —en Europa— y entre los Urales y el Pacífico —en Asia— posee su cultura, muy madura por cierto, y que sus escritores son capaces de extender por el mundo los problemas de su raza y el dolor de sus gentes. Ahora bien, lo que los hombres de la segunda mitad del XIX no presienten es que estos escritores rusos, cuyo nombre va siendo cada vez más conocido y admirado, han heredado una cultura centenaria y una tradición literaria de gran madurez. El fenómeno, aunque desconocido en aquel entonces, no es, pues, esporádico. Sin embargo, lo que hemos de hacer resaltar es que esa tradición cultural se ha ido forjando en completa autonomía, al margen del resto de Europa.

Cuando el cristianismo se introduce en la Rusia del siglo X, esta nación acepta la religión ortodoxa de Bizancio, no la que tiene su sede y cabeza en Roma. Esa es otra circunstancia que la mantiene alejada del bloque occidental europeo, y que la une a la cultura bizantina de la cual hereda mucho.

De raza eslava, el pueblo ruso ha recibido la aportación cultural de otros pueblos, del normando, por ejemplo, al que acaba ahogando la masa eslava. Pero lo más significativo, en cuanto a lucha contra el elemento extranjero, es el hecho

—¿Y puedes asimismo admitir que los hombres a los que se destina ese edificio consientan en aceptar su felicidad eterna, si ésta hubiera de asentarse sobre la sangre no rescatada de un pequeño mártir?

—No, no puedo admitirlo, hermano —exclamó Aliocha, que prosiguió con ojos chispeantes—: Acabas de decir: «¿Hay acaso en el Universo entero un ser que tenga derecho a perdonar a su atormentador?» Y yo te contesto: Sí, existe ese ser. Es Alguien que puede perdonarlo todo, que puede perdonar a todo el mundo, porque El mismo derramó su sangre inocente para lavar con ella a todos los hombres y para perdonarlo todo. Olvidas que sobre El se ha fundado ese edificio de que hablaba, y que es a El a quien se dirá un día: «Eres justo, Señor, porque al fin se revelan los caminos que escogiste para llegar al final».

—¡Ah, sí! —dijo Iván—. Hablas del «Unico limpio de pecado», y de su sangre. No, no lo he olvidado, y me asombra, por el contrario, que no lo hayas mencionado antes, porque los que tienen tus ideas acostumbran a citarle inmediatamente en sus discusiones. No te rías, Aliocha; hace un año compuse un poema. Si consientes en perder aún conmigo unos diez minutos, te explicaré de qué se trata.

—¿Has escrito un poema? —le preguntó Aliocha, asombrado.

—¡Oh, no, no lo he escrito! —contestó Iván, riendo—. En toda mi vida no he sido capaz de escribir dos versos seguidos. Pero he compuesto con mucho entusiasmo el argumento de ese poema, y lo recuerdo muy bien. Vas a ser mi primer lector, o, mejor dicho, mi primer oyente. ¿Cómo iba a perder un actor la ocasión de tener siquiera un oyente? Bien, ¿te lo cuento o no?

—Te escucho con mucha atención —dijo Aliocha.

—Mi poema se titula «El Gran Inquisidor». Es algo bastante absurdo, pero deseo vivamente dártelo a conocer.

## 5

—La acción de este poema tiene lugar en el siglo XVI. En aquella época era costumbre, en las obras poéticas, hacer descender a la tierra a los personajes celestiales. Existe un pequeño poema monástico, traducido sin duda alguna al griego, que se titula: «La Virgen en el Infer-

no», y cuyas escenas tienen un atrevimiento verdaderamente dantesco. La Virgen visita en él el infierno, guiada por el arcángel San Miguel. Ve a los condenados y contempla sus suplicios. Hay entre aquellos infelices una clase de pecadores muy curiosa: están sumergidos en un lago de fuego, y se hunden en él tan profundamente que no logran ya volver a salir a flote, «siendo olvidados por el mismo Dios». La energía y la profundidad de esta expresión es algo verdaderamente impresionante.

»La Virgen, horrorizada y llorosa a la vista de semejante espectáculo, cae de rodillas delante del trono de Dios e implora el perdón de todos los pecadores a quienes ha visto en el infierno, de todos, sin excepción. Su diálogo con el Altísimo es extraordinariamente interesante. Le implora, le suplica, y cuando El le muestra las manos y los pies de su Hijo atravesados por clavos, y le dice: "¿Cómo podría perdonar a sus verdugos?", la Virgen ordena a todos los santos del cielo, a todos los mártires y a todos los ángeles y arcángeles que se prosternen con ella a los pies de Dios y que imploren el perdón de todos los pecadores, sin distinción.

»Pues bien, mi poema hubiera sido algo por el estilo, si hubiese sido editado en aquellos tiempos. En él, es Jesucristo quien está en escena. Verdad es que no dice palabra alguna, limitándose a aparecer en escena y a volver a salir a ella hacia el final. En la época en que sitúo la acción han transcurrido ya quince siglos desde que El prometió volver a la tierra "con todo su poder y majestad". Han transcurrido quince siglos desde que su profeta escribió: "Volverá pronto". En cuanto al día y la hora en que esto sucederá, "no la conoce ni siquiera el Hijo, sino tan sólo Dios Padre", como dijo el mismo Cristo cuando vivía entre nosotros. Pero la Humanidad le espera, siempre con la misma fe y el mismo amor.

»El llanto de los hombres se eleva hasta El como en otros tiempos; le esperan, le aman, confían en El, aspiran a sufrir y a morir por El, al igual que antes. Durante siglos enteros ha implorado la Humanidad, con tanta fe y con tanto ardor: "¡Dios mío, aparécete a nosotros!", durante tantas y tan largas épocas ha suplicado a Dios que, en su infinita misericordia, Este se digne al fin descender hasta sus fieles.

»La acción de mi poema tiene lugar en España, en Sevilla, para mayor exactitud, en la época más terrible de la Inquisición, cuando todos los días se encendían

en aquellas tierras grandes hogueras para gloria de Dios. ¡Oh, ciertamente, no hablo en mis versos de la aparición profetizada en los Evangelios, cuando, según la promesa de Jesucristo, descenderá Este sobre la tierra al final de los tiempos, con toda su gloria y majestad! No, no es esto; en mi poema, Cristo quiere visitar a sus hijos precisamente en los mismos lugares donde arden las hogueras encendidas para los herejes. En su infinita misericordia se mezcla con los hombres bajo la misma forma humana que tomó quince siglos antes. Baja por las calles de la ciudad meridional, precisamente por el mismo lugar donde el Gran Inquisidor ha hecho quemar la víspera a cerca de un centenar de herejes en un espléndido auto de fe, *ad majorem Dei gloriam*, en presencia del rey, y de los cortesanos, de los caballeros, de los cardenales y de las encantadoras damas de la corte.

»Aparece silenciosamente, sin hacer notar su presencia, pero todo el mundo le reconoce, cosa extraordinaria. Este hubiera podido ser uno de los más bellos pasajes de mi poema "Por qué se le reconoce". Le rodean en seguida y le siguen por todas partes. El pasa en silencio por en medio de la multitud, con una sonrisa de infinita compasión. El sol del amor arde en su pecho. Sus ojos irradian luz, sabiduría y poder, que conmueven profundamente el corazón de los hombres, despertando en ellos amor sin límites. Jesucristo tiende sus manos hacia los que le rodean, les bendice, y con sólo haberle tocado, o haber logrado rozar sus vestiduras, quedan los enfermos curados de sus males. Los niños arrojan flores a su paso, cantando y gritando: "¡Hosanna!" "¡Es El, es El!", repite todo el mundo. "¡No puede ser sino El!" Jesucristo se detiene en el atrio de la catedral de Sevilla, en el mismo instante en que entran en el templo un ataúd blanco, donde reposa entre flores una niña, de siete años, hija única de un personaje importante de la ciudad. "¡Resucitará a tu hija!", grita la multitud a la desconsolada madre de la chiquilla. El sacerdote, que ha salido a recibir al fúnebre cortejo, contempla el espectáculo con aire dubitativo y expresión de desconfianza. De pronto se oye gritar a la madre de la niña muerta: "¡Si eres realmente Tú, resucita a mi hija!" Y al decirlo, tiende las manos hacia El. La procesión se detiene y dejan en tierra el ataúd. Jesucristo contempla a todos con infinita compasión y sus labios pronuncian una vez más, con gran dulzura:

*Talitha kumi* (1). Y la niña se levanta en su ataúd, se sienta y mira sonriente a su alrededor, con aire asombrado. Aún lleva en las manos el ramo de rosas blancas que depositaron en su féretro.

»La multitud, entusiasmada, prorrumpe en gritos y en llantos de júbilo. En este momento pasa por la plaza el Gran Inquisidor, justo por delante de la catedral. Es un anciano, que cuenta casi noventa años, alto y seco como una pèrtiga, de rostro demacrado y ojos hundidos, en los que aún brilla una llama indomable. No lleva ya el magnífico ropaje cardenalicio que pudo admirar el pueblo el día anterior, durante el auto de fe, mientras quemaban a los enemigos de la Iglesia romana, sino una vieja sotana burda. Detrás de él, a distancia respetable, vienen sus sombríos acólitos y la guardia del Santo Oficio.

»El Gran Inquisidor se detiene y observa desde lejos lo que ocurre. Lo ve todo, ve el ataúd depositado a los pies del desconocido, la niña que resucita, el entusiasmo de la multitud y su rostro se llena de sombras. Frunce las espesas cejas negras y le brillan los ojos con siniestro fulgor. Extiende una mano y ordena a su guardia que se apodere de El. Y tal es su poder y tan acostumbrado a obedecerle en todo se halla el pueblo, que la multitud, dócil y temblorosa, se aparta inmediatamente ante la guardia del Santo Oficio, que, en medio de súbito y profundo silencio, detiene a Jesucristo y se lo lleva preso. E inmediatamente la multitud, como un solo hombre, baja la cabeza ante el Gran Inquisidor y se inclina hasta el suelo. Este les bendice sin decir palabra y prosigue su camino. Los guardias encierran al prisionero en un lúgubre y estrecho calabozo de la prisión del Santo Oficio. Transcurre el día y llega la noche, una ardorosa noche sevillana, llena del aroma de los laureles y limoneros. De pronto se abre la puerta de hierro de la mazmorra, y el Gran Inquisidor entra lentamente, llevando una linterna en la mano. Está solo, y la puerta vuelve a cerrarse tras él. El anciano se detiene y contempla detenidamente a su prisionero. Luego se acerca a él sin apresurarse, deja la linterna sobre la mesa y le dice:

»—¿Eres Tú? ¿Eres realmente Tú?

»Y al no recibir respuesta, añade:

»—¡No contestes! ¡Cállate! ¿Qué podrías decirme? ¡Sé

(1) Marcos, V, 35-43.

demasiado bien lo que dirías! Pero no tienes ningún derecho a añadir nada a cuanto ya nos has dicho. ¿Para qué has venido a estorbarnos? Porque es muy cierto que has venido a estorbarnos, y lo sabes perfectamente. Pero, ¿no sabes también lo que va a pasar mañana? No sé quién eres y no quiero saberlo; no sé si eres realmente Tú o tan sólo su apariencia, pero mañana mismo voy a condenarte, y haré que te quemen, como al más odioso de los herejes. Esta misma multitud que hoy te besaba los pies, mañana, a un solo gesto de mi mano, correrá a arrojar leña a la hoguera donde vas a arder. ¿No estás enterado de todo esto? Aunque..., sí, tal vez lo sabes ya —añade pensativo, sin apartar los ojos de su prisionero.

—No acabo de comprender lo que esto significa, Iván —dijo sonriendo Aliocha, que había escuchado en silencio—. ¿Es alguna fantasía, una equivocación del viejo, o un malentendido?

—Lo que tú quieras —le contestó su hermano, riendo—. El viejo tiene noventa años, como te he dicho; de manera que quizá sus ideas no son ya muy claras, tal vez está empezando a chochear. Por otra parte, el aspecto del prisionero ha podido muy bien impresionarle, haciéndole delirar. Todo esto es acaso la alucinación de un nonagenario poco antes de llegar a su muerte y hallándose aún bajo los efectos de la excitación que le produjo el auto de fe. ¿Qué nos importa a nosotros que sea un error o una fantasía de su imaginación?

—¿Y qué hace el prisionero al oírle? ¿Le mira y no dice nada?

—Eso mismo. Por lo demás, esto es lo que sucede siempre —dijo Iván, echándose de nuevo a reír—. Recuerda que el Gran Inquisidor acaba de decirle que no tiene ni siquiera el derecho a añadir nada a cuanto lleva ya dicho. A mi parecer, éste es el rasgo fundamental del catolicismo romano. Fíjate: «Todo fue transmitido por Ti al Papa, de manera que ahora está ya todo en manos de éste. En cuanto a Ti, no has de venir ya para nada a la Tierra. No nos estorbes, por lo menos durante algún tiempo». No solamente dicen los católicos cosas por este estilo, sino que las escriben. Sobre todo, los jesuitas. El Gran Inquisidor dice a Jesucristo: «Hemos corregido tu obra y la hemos asentado sobre el Milagro, el Misterio y la Autoridad. Y los hombres se han alegrado mucho al verse conducidos de nuevo como un rebaño y al notar que habían levantado ya de su corazón aquella terrible y pesada piedra de la libertad,

que tantos sufrimientos les había ocasionado. Dime: ¿teníamos o no teníamos razón al obrar como lo hemos hecho? Al reconocer humildemente la débil condición de la Humanidad, al aliviar su carga y al pedirle que peque, pero con nuestra autorización, ¿no hemos demostrado amarla? Pues entonces, ¿por qué has venido a estorbarnos? ¿Por qué miras en silencio con tus dulces y penetrantes ojos? Toda la Humanidad será feliz. Ya no se rebelarán los hombres, ni intentarán destruirse mutuamente, como hacían durante el reinado de tu famosa libertad. ¡Ah, desde luego, lograremos al fin convencerles de que no serán realmente libres hasta que renuncien a su libertad en favor nuestro, sometiéndose a nosotros! ¿Y será entonces verdad lo que les hemos dicho, o habremos mentido? Creo que ellos mismos se convencerán de que tenemos razón, porque recordarán muy bien a qué esclavitud, a qué desesperación les había conducido la libertad que les diste. La libertad, el libre albedrío y la ciencia les habrán extraviado por tan profundos barrancos y les habrán colocado delante de tantos milagros y misterios, que unos, rebelándose, llenos de rabia, se destruirán a sí mismos, mientras que otros, también en franca rebelión, pero más débiles, se dedicarán a destruir a los demás; y algunos más, sin fuerzas ya y sintiéndose inmensamente desgraciados, se llegarán a nuestros pies arrastrándose, y exclamarán: "Sí, teníais razón, tan sólo vosotros poseéis el secreto de Dios, y a vosotros volvemos. ¡Salvadnos de nosotros mismos!" Al recibir de nuestras manos el pan, verán, sin lugar a dudas, que hemos cogido los panes, producto de su propio trabajo, para distribuírselos, sin ninguna clase de milagro; verán que no transformamos las piedras en panes. Pero lo que les hará verdaderamente felices no será tanto el pan en sí como el hecho de recibirlo de nuestras manos, porque recordarán muy bien que antes, sin nosotros, los panes que producían se transformaban en piedras en sus manos, mientras que, al volver a nosotros, esas mismas piedras se transforman en panes. Comprenderán entonces la inmensa ventaja que les supone el hecho de someterse para siempre. Mientras los hombres no comprendan esto, serán desgraciados. ¿Y quién ha contribuido principalmente a que exista esta incomprensión? Dímelo. ¿Quién ha dispersado el rebaño y lo ha dejado extraviarse por caminos desconocidos? Pero el rebaño volverá a juntarse, y se someterá, esta vez definitivamente. Entonces les otorgaremos una felicidad dulce, apacible y humilde: la feli-

cidad de los seres humildes como ellos. ¡Ah, les persuadiremos también de que no sean orgullosos, aunque tú les educaste y les enseñaste a serlo! Les demostraremos que son débiles, que no son sino niños insignificantes, pero que la felicidad de los ingenuos es la más dulce que pueda existir. Se volverán tímidos, nos contemplarán asombrados y se apretujarán temerosamente a nuestro alrededor, como polluelos en torno a su madre. Nos admirarán, nos temerán y se sentirán muy orgullosos de nuestro poder y de nuestra inteligencia, que nos habrán permitido domar a ese numeroso y enfurecido rebaño. Temblarán ante nuestra ira, su alma se llenará de temor, sus lágrimas se derramarán con tanta facilidad como las de los niños y las mujeres; pero ante una mirada nuestra, pasarán con igual facilidad de las lágrimas a la alegría, del temor a la risa y a pueriles cánticos. Desde luego, les obligaremos a trabajar, pero en las horas de descanso organizaremos su existencia como si se tratara de un juego de niños, con corros y con ingenuos bailes. También les permitiremos que pequen, porque son débiles y porque carecen de voluntad, y les querremos como a niños, porque les habremos autorizado a pecar. Les diremos que toda falta cometida con nuestra autorización les será perdonada, y que si les permitimos que pequen es porque les amamos. En cuanto al castigo que correspondería a esos pecados, lo tomaremos sobre nosotros mismos. Y nos adorarán como a bienhechores suyos, puesto que habremos asumido delante de Dios el peso de sus culpas. No tendrán ningún secreto para nosotros. Según su mayor o menor grado de obediencia, les permitiremos que vivan con sus esposas o con sus queridas, y que tengan o no tengan hijos, y se someterán con alegría a nuestras decisiones. Nos harán entrega de los más terribles secretos de su corazón, de todo cuanto atormenta sus conciencias, y nosotros resolveremos sus inquietudes, y tendrán plena confianza en nuestras decisiones, porque les ahorraremos la preocupación y el tormento que trae consigo toda decisión libremente tomada por uno mismo. La Humanidad en pleno, con sus millones de seres humanos, será feliz, exceptuando a los centenares de miles de personas que la dirijan. Porque tan sólo nosotros, que guardaremos el misterio y el secreto de todo, seremos desgraciados. Habrá miles de millones de niños felices, y cien mil mártires que cargarán con el peso de la maldición que recae sobre todo aquel que ha llegado a poseer la ciencia del bien y del mal. Morirán dulcemente, se extinguirán ante Ti como

velas consumidas y no hallarán más que la nada tras la puerta del sepulcro. Pero nosotros guardaremos el secreto, y para hacerles felices, seguiremos seduciéndoles con la promesa de una recompensa eterna y celestial. Aunque, si realmente existiera otro mundo, no sería, sin duda, para gentes como ellos. Se ha profetizado que volverás a la Tierra y que vencerás de nuevo; que volverás esta vez acompañado de tus elegidos, poderosos y llenos de orgullo; pero diremos que éstos no han salvado sino a sus propias almas, mientras que nosotros hemos salvado a la Humanidad entera. Se dice que será echada abajo la Pecadora montada a lomos de la Bestia, que sostiene en sus manos una copa en la que puede leerse la palabra "¡Misterio!"; la derribarán de su pedestal, los débiles se rebelarán de nuevo, rasgarán su manto de púrpura y desnudarán su impuro cuerpo. Pero entonces surgiré yo y te mostraré los miles de millones de niños felices, que no han conocido el pecado. Y nosotros, los que, para felicidad de los pecadores, habremos cargado con el peso de sus culpas, llegaremos también a tu presencia y te diremos: ¡Júzganos, si puedes y te atreves a hacerlo! Has de saber que no te temo. También yo he vivido en el desierto, también yo me he alimentado solamente de raíces, he bendecido la libertad que diste a los humanos y me disponía a colocarme entre las filas de tus elegidos. Pero desperté a tiempo de mi letargo y no quise seguir recorriendo el camino de la demencia. Di media vuelta y me uní a los que "corrigieron tu obra". Volví la espalda a los orgullosos y me reuní con los humildes, para la felicidad de estos últimos. Cuanto te digo ha de tener lugar, y nuestro reino quedará edificado. Te repito una vez más que mañana has de ver a ese obediente y ciego rebaño precipitándose, al primer signo de mi mano, a arrojar leña en la hoguera donde arderás por orden mía, por haber venido a estorbarnos. Porque si alguien merece estas hogueras nuestras eres Tú. Mañana, pues, haré que te quemen. *Dixi.*»

Iván calló. Al hablar, se había dejado arrastrar por su ardiente entusiasmo, y al terminar su largo discurso, sonrió.

Aliocha le había escuchado en silencio, muy conmovido, teniendo que violentarse muchas veces para no interrumpirles. Pero, de pronto, no se contuvo por más tiempo.

—¡Es absurdo! —exclamó, sonrojándose—. Tu poema es una alabanza a Jesucristo y en modo alguno una

blasfemia... como querías. ¿Y quién querrá creer lo que dices acerca de la libertad? ¿Es así como hay que comprenderla? ¿Es así como la comprende la ortodoxia? Has retratado a Roma, y ni siquiera lo has hecho por completo. Has retratado lo peor del catolicismo: la Inquisición y a los jesuitas. Además, un personaje tan fantástico como tu Inquisidor no puede existir en modo alguno. ¿Qué pecados humanos ha cargado sobre sí? ¿Quiénes son esos hombres que guardan no sé qué secreto y que se dejan maldecir por la felicidad de la Humanidad? ¿Cuándo y dónde se ha visto a semejantes seres? Cierzo que conocemos a los jesuitas y que se habla mal de ellos, pero, ¿estás seguro de que son tal como dicen? Creo que no lo son en modo alguno... Son sencillamente un ejército católico romano que lucha para establecer un imperio terrestre universal, regido por un emperador, que no es sino el Sumo Pontífice. He aquí su ideal, sin misterios ni sublimes tristezas. Sienten tan sólo sed de poder, ansia de miserables goces terrenales, de mandar sobre esclavos... A poder ser, sería la suya una especie de organización en que la esclavitud representaría un papel principal, siendo ellos los amos, desde luego... Tal vez ni siquiera creen en Dios. Tu Inquisidor, que tanto sufre, no es más que un producto de tu imaginación.

—¡Basta, basta ya! —exclamó Iván, riendo—. ¡No te dispares! ¿Dices que no es más que una fantasía? De acuerdo, pero permite que te pregunte: ¿crees realmente que todo el movimiento católico de estos últimos siglos se reduce a una sed de dominación, impulsados sus partidarios por el deseo de alcanzar los miserables goces terrenales? ¿Es el padre Paisy quien te ha enseñado esto?

—¡Oh, no, al contrario! El padre Paisy dijo precisamente una vez cosas bastante parecidas a las que acabas de exponer. No era eso, claro que no, no era eso... —murmuró Aliocha.

—He aquí un informe valiosísimo, a pesar de tu «no era eso». Ahora te pregunto: ¿por qué crees que los jesuitas y los inquisidores se han confabulado tan sólo con vistas a alcanzar los bienes y los goces materiales? ¿Por qué no quieren admitir que pudo muy bien haber entre ellos un hombre, siquiera sea un hombre, que amaba a la Humanidad y que sufría a causa de los sufrimientos de ésta? Supón que, entre los que no sentían sino la sed de los bienes materiales, se encontró un solo hombre que, al igual que mi viejo Inquisidor, se ali-

mentó de raíces en el desierto y luchó encarnizadamente contra las tentaciones demoníacas, castigando a su propia carne para alcanzar la libertad y la perfección. Amó durante toda la vida a la Humanidad, pero de pronto se dio cuenta de cuán vil y despreciable es la alegría de haber alcanzado la perfecta libertad, para descubrir inmediatamente que la salvación de muchos millones de seres humanos no es sino una burla, porque nunca serán capaces de emplear esa libertad, porque estos débiles insurrectos no tendrán jamás las gigantescas fuerzas necesarias para dar fin y remate al edificio de la perfección, y porque el gran idealista que soñó la armonía universal no la destinaba a tales seres... Una vez habiendo comprendido todo esto, el hombre de que te hablaba vuelve atrás y se une... con los inteligentes, con los sabios de este mundo. ¿Crees que es imposible que esto ocurra?

—¿A qué inteligentes se une? —exclamó Aliocha, con gran vehemencia—. Esos a los que te refieres no son inteligentes, no están en posesión de ninguna clase de misterio secreto. Son sencillamente ateos, he aquí todo su secreto. Tu Inquisidor no cree en Dios. He aquí el único secreto que hay en él.

—¿Y si así fuera? ¡Por fin lo has adivinado! Es así mismo, ése es todo su secreto. Pero, ¿no crees que es también un sufrimiento, para un hombre como él, que ha sacrificado su vida a sus ideales, en el desierto, y no ha podido sanar de su amor hacia la Humanidad?

—Tampoco tú crees en Dios —le interrumpió de pronto Aliocha, con profunda tristeza—. Bien, ¿cómo termino tu poema? —añadió tras una pausa, bajando los ojos.

—Quería que terminara así: El Gran Inquisidor calla y aguarda un instante la respuesta del prisionero. El silencio de éste le empieza a pesar. Se había dado muy bien cuenta de que le escuchó todo el tiempo sin dejar de mirarle, con su mirada dulce y penetrante, y sin querer contestar. El viejo hubiera querido que le dijera algo, aunque se tratara de palabras amargas y terribles. Pero el prisionero nada dice. De pronto se acerca en silencio a su verdugo y le besa en los exangües labios. Esa es toda su respuesta. El viejo se estremece; le tiemblan los labios como si quisiera decir algo, pero ningún sonido sale de ellos. Se dirige al fin hacia la puerta, la abre, y volviéndose hacia el prisionero, exclama: «¡Vete y no vuelvas más! ¡Nunca, nunca más!» Y le deja desaparecer en la oscuridad de la noche, en dirección a la

ciudad, iluminada tan sólo por la claridad de la luna. El prisionero se pierde pronto de vista.

—¿Y qué es del viejo?

—El beso del prisionero le quema el corazón, pero sigue aferrado a su idea.

—Lo mismo te sucede a ti, ¿no es verdad? —preguntó tristemente Aliocha.

Iván se echó a reír.

—¡Si todo esto no son más que tonterías, hermano! —exclamó—. Es el absurdo poema de un estudiante no menos absurdo, que en toda su vida no logró escribir un par de versos. ¿Por qué lo has tomado tan en serio? ¡Bah! ¡Qué me importa todo eso, Dios mío! Ya te lo he dicho: lo realmente importante es poder llegar, sea como fuere, a los treinta años, después de lo cual romperé la copa que contiene el licor.

—¿Y las hojas tiernas y húmedas, los sepulcros de las personas queridas, el azul del cielo y la mujer amada? —exclamó dolorosamente Aliocha—. ¿Cómo podrás vivir sin ellos? ¿Cómo podrás dejar de amarlos? No comprendo cómo se puede vivir con tal infierno en la mente y en el corazón... Sí, te vas para ir a su encuentro... o bien te ves incapaz de renunciar a todo ello y te destruyes a ti mismo...

—Existe en el mundo una fuerza capaz de soportarlo todo..., capaz de soportar el peso de todos los goces... —dijo Iván, con fría sonrisa.

—¿Qué fuerza?

—La de los Karamazov... La fuerza de la bajeza de los Karamazov...

—¿Te refieres a hundirte en una vida licenciosa, a ahogar el alma en un mar de inmundicias? ¿Es esto lo que quieres decir?

—Sí, quizá también esto... Tal vez logre evitarlo hasta los treinta años, pero después...

—¿Cómo podrás evitarlo? ¿Con qué medios? Con tus ideas es imposible.

—Te digo que no, si obro como suelen obrar los Karamazov.

—Es decir, ¿permitiéndotelo todo? Todo está permitido. ¿No es eso lo que quieres decir?

Iván frunció el entrecejo y se puso de pronto muy pálido.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Te aprovechas ahora de la frase que se dijo ayer y que tanto ofendió a Miusov? La frase que Dimitri repitió ingenuamente —añadió con crispada sonrisa—. Sí, quizá sí... Es posible que «todo

esté permitido», puesto que así quedó dicho... No me retracto. Por otra parte, la fórmula de Mischenka no es del todo mala.

Aliocha le miró sin decir nada.

—Al irme de aquí, hermano —dijo de pronto Iván, con súbita efusión—, creía que me quedaba en el mundo por lo menos un ser querido: tú. Pero ahora me doy cuenta de que tampoco en tu corazón queda sitio para mí, mi querido ermitaño. No reniego de mi fórmula: «Todo está permitido». Por consiguiente, ¿eres tú quien reniega de mí?

Nada le contestó Aliocha, pero, levantándose, se acercó a él en silencio y le besó en los labios.

—¡Esto es un plagio literario! —exclamó Iván, exaltándose de pronto—. Lo has robado de un poema. Pero, de todos modos, muchas gracias. Levántate y vámonos, Aliocha. Es ya muy tarde, tanto para ti como para mí.

Ambos hermanos salieron del restaurante, pero volvieron a detenerse en la escalinata.

—Escucha, Aliocha —dijo Iván, con firme acento—: si aún pueden gustarme los tiernos brotes primaverales de los árboles, no será más que en recuerdo tuyo. Me bastará recordar que existen en alguna parte de la tierra para no perder del todo el deseo de vivir. Y a ti, ¿te bastará esto? Si quieres, puedes aceptar lo que te digo como una declaración de amor... Bien, ahora vas hacia la derecha, y yo hacia la izquierda, de manera que basta ya de todo esto. Basta ya, ¿me has oído? ¡Basta ya! Quiero decir que, aun en el caso de que no me marchase mañana (aunque es casi seguro que me voy), y de que volviésemos a vernos, no me vuelvas a hablar de estos temas que hemos tocado hoy. Te lo ruego muy encarecidamente. Tampoco vuelvas a hablarme nunca más de Dimitri, te lo pido de manera especial. Ni siquiera te refieras nunca a él en presencia mía —añadió, al parecer irritado—. Todo queda ya dicho, todos los temas están agotados, ¿no es cierto? Por mi parte, te prometo en compensación que, cuando llegue a los treinta años y quiera «estrellar la copa contra el suelo», te buscaré, dondequiera que te encuentres... e iré a charlar una vez más contigo, aunque para hacerlo tenga que venir de América... Quiero que sepas que haré el viaje ex profeso para verte. También me resultará muy interesante saber qué ha sido de ti, para entonces... Bien, creo que acabo de hacerte una promesa bastante solemne. Es posible que nos despidamos, efectivamente, para siete, ocho o diez años. Ahora ve a ver a tu «Pater Seraphi-

cus». Está a punto de morir y, si muere sin ti, tal vez te enfadarías luego conmigo por haberte retenido tanto tiempo. Adiós, Aliocha, abrázame otra vez... Así... Ahora vete.

Aliocha partió en dirección al monasterio, casi corriendo. Empezaba ya a caer la tarde y, de pronto, se sintió muy inquieto. Algo crecía en su interior, algo que apenas distinguía bien y ante lo que aún no podía reaccionar. Se levantó viento, como el día anterior, y cuando entró en el bosquecillo que rodeaba el eremitorio, los centenarios pinos parecían lamentarse lúgubramente a su alrededor. Aliocha caminaba muy de prisa, casi corriendo.

Más tarde, se preguntó varias veces con asombro, en el transcurso de su vida, cómo, después de despedirse de Iván, pudo olvidar por completo a Dimitri, a quien tenía intención de buscar aquella misma mañana y de no dejar solo ni un instante, aunque para ello tuviera que renunciar a volver aquella noche al monasterio.

En cuanto a Iván Fedoróvich, al separarse de Aliocha se dirigió hacia la casa de su padre. Pero una extraña e intolerable angustia se fue apoderando entonces de su ánimo, acrecentándose a medida que se iba acercando a la mansión, a pesar de lo cual le era imposible definirla.

«Siento una tristeza terrible, que casi me da náuseas, pero no puedo determinar la causa —se dijo—. Más vale no pensar en ello.»

Trató, en efecto, de hacerlo así, pero no pudo conseguirlo. Lo que más le molestaba era que aquella tristeza parecía obedecer a una causa fortuita y exterior. Era algo fácil de observar. Por fin llegó a casa de su padre, de bastante mal humor. Cuando ya no distaba de ella más que unos quince pasos, levantó de pronto los ojos hacia la puerta por donde entraban los coches y adivinó inmediatamente la causa de aquel malestar y de aquella ansiedad.

Sentado en un banco, junto al portalón, se hallaba Smerdiachkov, tomando el fresco, e Iván Fedoróvich comprendió, a la primera mirada que arrojó sobre él, que el joven criado se hallaba aposentado en su alma, y que era precisamente aquel peso lo que no podía ya soportar. Todo se aclaró en su mente en un instante.

Molesto y lleno de repugnancia al ver de pronto ante sí al objeto de su aversión, quiso pasar por su lado en silencio, sin dirigirle una sola mirada; pero Smerdiachkov se levantó inmediatamente del banco e Iván

Fedoróvich comprendió que el criado quería hablar con él a solas, por lo que se detuvo y le miró, circunstancia que le llenó de furor, teniendo que hacerse para ello gran violencia.

—¿Duerme aún mi padre? —preguntó como a pesar suyo, con tono amable.

Y, de pronto, se sentó en el banco. Sintió entonces miedo, como más tarde pudo recordar. Smerdiachkov, de pie ante él, con las manos a la espalda, le contemplaba flemáticamente, casi con severidad.

—Sí, aún está descansando —contestó despacio.

Parecía pensar: «Eres tú, y no yo, quien empieza la conversación».

—Me asombra usted, señor —añadió tras una pausa.

—¿Por qué? —le preguntó Iván, con duro acento.

—¿Por qué no va usted a Chermachnia, señor?

Y clavó de pronto en él sus ojillos maliciosos, sonriendo con familiaridad.

—¿Por qué he de ir a Chermachnia? —preguntó Iván, sorprendido.

—Porque Fedor Pavlóvich se lo ha suplicado encarecidamente —le aclaró Smerdiachkov, siempre sin apresurarse, y como si no diera importancia alguna a su respuesta.

Parecía decirse para sus adentros: «He de contestar algo, he de indicar un motivo cualquiera».

—¿Que se te lleve el diablo si no me hablas con más claridad! ¿Qué quieres? —exclamó entonces Iván, pasando de la suavidad a la grosería y a la dureza.

—¡Oh, nada! —le contestó Smerdiachkov—. Sólo lo decía... para hablar de algo.

Hubo un nuevo silencio, que duró casi un minuto.

—Me encuentro en una situación horrible, Iván Fedoróvich —dijo de pronto el joven criado, con tono firme y conciso.

Y dejó escapar un profundo suspiro.

—Los dos parecen verdaderos inocentes; se diría que no son sino niños pequeños —prosiguió—. Hablo de su padre y de su hermano Dimitri. Fedor Pavlóvich se levantará pronto y empezará a hacerme una pregunta tras otra: «¿Por qué no ha venido? ¿Cuándo vendrá?», como si yo fuera responsable de las decisiones de esa señorita. Su hermano, por otra parte, aparecerá por estos alrededores en cuanto se haga de noche, e incluso antes, y vendrá armado, como siempre. «¡Cuidado, sinvergüenza, pinche de cocinal —me dirá—. Si la ves por aquí y no vienes corriendo a avisarme, te mataré

antes que a nadie». La noche pasa al fin, y al día siguiente por la mañana, su hermano Dimitri me asalta también a preguntas, como Fedor Pavlóvich, atormentándome sin cesar: «¿Por qué no ha venido? ¿Crees que vendrá pronto?». Como si también respecto a él fuera yo culpable de que la señorita no haya tenido a bien aparecer. Y los dos se irritan y se impacientan cada vez más, hasta tal punto que a veces estoy tan asustado como para morirme o matarme. No me inspiran ninguna confianza ni uno ni otro, señor.

—¿Y por qué te has metido en este asunto? —le dijo Iván, encolerizado—. ¿Por qué fuiste a contárselo todo a Dimitri Fedoróvich?

—¿Cómo hubiera podido obrar de otra manera? Además, si quiere usted saberlo, yo no me he metido en nada. Al principio, callaba, sin atreverme siquiera a replicar, y por esto me escogió como criado particular suyo, como un fiel servidor o escudero. Desde entonces me repite a todas horas: «Si la dejas pasar y no me dices nada, te mataré, canalla». Estoy seguro, señor, de que mañana tendré un ataque muy grave.

—¿Un ataque muy grave?

—Sí, un largo ataque de epilepsia. Puede durarme varias horas, e incluso un día o dos. Una vez tuve uno que duró tres días. Fue el día que me caí del desván. Esos ataques me hacen temblar de pies a cabeza y luego parece que acaban, para volver a empezar en seguida.

—Sin embargo, he oído decir que tales accidentes no pueden preverse, anunciando de antemano que a tal hora se tendrá uno. De manera que, ¿cómo puedes profetizar uno de los tuyos para mañana? —le preguntó Iván Fedoróvich, con gran irritación y al mismo tiempo lleno de curiosidad.

—Esto es verdad. No se puede saber por anticipado.

—Además, ese día de que hablas te habías caído del desván.

—Todos los días subo al desván, de manera que podría volver a caerme mañana mismo. O bien puedo caerme por la escalera del sótano, pues todos los días he de ir también allá a buscar lo que se necesita para la casa.

Iván Fedoróvich le contempló detenidamente.

—Ya veo que me estás contando mentiras y enredos, y no te entiendo —dijo, sin levantar la voz, pero con tono amenazador—. ¿Acaso tienes la intención de simu-

lar mañana un ataque de epilepsia, un ataque de los largos? Dime, ¿es esto?

Smerdiachkov, que había bajado de nuevo la vista y que movía, como jugando, la punta de su zapato derecho, volvió a colocar el pie en posición recta, levantó la cabeza y dijo con maliciosa sonrisa:

—Si de veras pudiera hacer esto, si pudiera simular un ataque, cosa que, por otra parte, no resulta nada difícil para un hombre que tiene cierta experiencia en ello, tendría todo el derecho de emplear este medio para salvar mi propia vida. Porque si estuviera enfermo y acostado y viniera realmente a esta casa Agafena Aleksandrovna, Dimitri Fedoróvich no podría, en modo alguno, pedirme cuentas de si le he avisado o no. Creo que a nadie. Y lo que más miedo me da es que me crean cómplice suyo, si comete alguna locura con su padre.

—¿Por qué dices esto? ¿Por qué han de creerte cómplice suyo?

—Porque le he comunicado en secreto las señales.

—¿Qué señales? ¿A quién se las has comunicado? ¡Que se te lleve el diablo si te entiendo! ¡Haz el favor de explicarme qué has querido decir!

—Le he de confesar, Iván Fedoróvich, que su padre y yo tenemos un secreto —empezó a decir entonces Smerdiachkov, con pedante lentitud—. Como usted sabe muy bien (si es que lo sabe), hace ya varios días que, tan pronto como se hace de noche, y a veces incluso antes, Fedor Pavlóvich se encierra en sus habitaciones. Pero yo he de velar en el patio, estando de guardia hasta medianoche, para vigilar si llega Agafena Aleksandrovna, porque hace ya algunos días que la espera, y está como loco. Estos son sus cálculos: «Gruschenka dice que tiene miedo de Mitka. (Quiere decir Dimitri Fedoróvich, pero él le llama Mitka.) Por eso vendrá tarde, por las calles de atrás, de manera que tú vigila el patio hasta medianoche, y aun hasta más tarde. Si llega, corre a llamar a mi puerta o a mi ventana. Llama con los nudillos, dos veces, despacio. Así: "toc..., toc...". Y luego, inmediatamente, llama otras tres veces, mucho más de prisa. Así: "toc, toc, toc...". Yo sabré entonces que ha venido y abriré la puerta despacito». También me habló de otra señal, por si pasaba algo inesperado y fuera de lo corriente: primero dos golpes rápidos: «toc, toc...», y luego otro golpe, uno solo, mucho más fuerte. Entonces él comprendería que sucedía algo raro y que yo necesitaba verle. Me abriría la puer-

ta, y yo podría entrar y contarle lo que pasaba. Esto lo pensó por sí misma y enviarle a alguien para comunicarle algún recado. Además, también podría presentarse Dimitri Fedoróvich, en cuyo caso tendría yo que avisarle del mismo modo. Dimitri Fedoróvich le da mucho miedo. Le teme hasta el punto de que, incluso en el caso de que Agafena Aleksandrovna hubiera llegado y él se hubiese encerrado ya con ella en su habitación, si Dimitri Fedoróvich apareciera por estos alrededores, yo tendría que avisarle sin falta, dando tres golpes en su puerta. Así, pues, la primera señal, la de los cinco golpes, significa: «Agafena Aleksandrovna está aquí». La segunda señal, la de los tres golpes: «Cuidado. Quisiera hablar con usted». Así me lo ha enseñado repetidas veces, haciendo él mismo la demostración. Ahora bien, como cree que nadie en todo el mundo, excepto él y yo, conoce el significado de estas señales, cuando las oiga abrir la puerta sin vacilar, e incluso sin hacer pregunta alguna (porque le da mucho miedo hablar en voz alta en estas circunstancias). Y es precisamente de estas señales de las que está enterado Dimitri Fedoróvich.

—¿Se las has revelado? ¿Cómo te has atrevido a hacerlo?

—Tenía demasiado miedo. No me atrevía a ocultárselo. Dimitri Fedoróvich me apremiaba un día tras otro, diciendo: «Me engañas, perro. Estoy seguro de que me ocultas algo. ¡Acabaré rompiéndote las piernas!» Por fin le comuniqué las señales secretas, para probarle mi fidelidad, para que supiera que no le ocultaba nada.

—Si crees que quiere utilizar estas señales para entrar en la casa, impídeselo.

—¿Cómo podría impedirselo, en caso de tener un ataque? Y si estoy bueno y quiere entrar, ¿cómo me voy a atrever a impedirselo, sabiendo de lo que es capaz?

—¡Vete al infierno! ¿Tan seguro estás de que vas a tener un ataque? ¿Te estás burlando de mí?

—¡Oh, no, nunca me atrevería a burlarme de usted! Además, ¿cómo voy a pensar en burlarme y en reír, cuando tengo tanto miedo? Presiento que mañana tendré un ataque epiléptico. Sí, tengo ese presentimiento. El mismo miedo hará que lo tenga.

—Si estás en cama, Grigori estará de guardia. Avísala, pues, a Grigori. El no dejará entrar a Dimitri Fedoróvich.

—Sin el permiso del señor no puedo hablar a Gri-

gori de las señales secretas. Además, Grigori está en cama desde ayer, y Marfa Ignatievna se propone aplicarle algunos remedios mañana mismo. Ya están de acuerdo los dos. Es un tratamiento muy curioso. Marfa Ignatievna sabe preparar un brebaje o licor muy fuerte a base de no sé qué hierbas. Es un secreto suyo. Y cuando a Grigori Vasilievich le duelen los riñones y le ataca una especie de parálisis, cosa que le sucede unas tres veces al año, o más, Marfa le da friegas en la espalda durante media hora, frotándosela con una toalla empapada en ese líquido, hasta que se le hincha y se le pone encarnada. Luego le da a beber el resto del brebaje, mientras reza una oración especial. Bueno, no todo el resto, porque ella también bebe una pequeña porción. Y como nunca beben ninguna clase de licores, los dos quedan en seguida dormidos, no despertando hasta mucho más tarde. Al despertar, Grigori está casi siempre curado, mientras que Marfa Ignatievna suele tener dolor de cabeza. Pues bien, si Marfa pone en práctica mañana ese tratamiento, ni ella ni Grigori estarán en condiciones de oír nada, ni de impedir a Dimitri Fedoróvich que entre en casa.

—¡Qué enredo! Parece que os hayáis puesto todos de acuerdo. De manera que mañana tú tendrás un ataque epiléptico y los otros dos estarán sin sentido —exclamó Iván Fedoróvich—. ¿No será algo que has arreglado tú mismo? —añadió bruscamente, frunciendo el entrecejo.

—¿Cómo podría haberlo arreglado yo? Además, ¿para qué, si todo depende únicamente de los proyectos particulares de Dimitri Fedoróvich? Si quiere hacer algo, tenga usted por seguro que lo hará. Desde luego, no seré yo quien le incite a entrar en la casa de su padre.

—¿Con qué objeto lo haría, ni aun sigilosamente, puesto que, como tú mismo dices, Agafena Aleksandrovna no vendrá? —prosiguió Iván, pálido de rabia—. Tú mismo has dicho que no vendría. ¿Por qué ha de forzar Dimitri Fedoróvich la puerta de mi padre, si la otra no vendrá?

—Ya sabe usted por qué se presentará Dimitri Fedoróvich en esta casa. Vendrá a ella guiado por el odio que siente hacia su padre. Entrará con gran impaciencia y registrará las habitaciones, como hizo ayer, para ver si la señorita ha venido y está escondida en algún rincón. Además, sabe que Fedor Pavlóvich ha preparado un gran sobre, que contiene tres mil rublos, lo ha lacrado con cinco sellos y lo ha atado con una cinta roja. Encima ha escrito, con su propia mano: «Para mi

ángel, para Gruschenka, si consiente en venir a vivir conmigo». Tres días más tarde, añadió estas palabras: «Para mi querido pollito». Lo grave del asunto es que Dimitri Fedoróvich está enterado de todo esto.

—¡Qué tontería! —exclamó Iván, furioso—. Dimitri no vendrá en modo alguno a robar y a matar a su padre. Ayer hubiera sido capaz de matarle, a causa de Gruschenka, porque estaba fuera de sí, pero es incapaz de venir a robarle.

—Necesita dinero urgentemente, Iván Fedoróvich. No sabe usted cuán urgentemente lo necesita —dijo Smerdiachkov, con gran calma y recalando cada palabra para mayor claridad—. Además, considera que esos tres mil rublos le pertenecen. El mismo me ha dicho: «Mi padre me debe todavía tres mil rublos justos». Otra cosa: podemos estar seguros de que si Agafena Aleksandrovna quiere, obligará al señor a casarse con ella. Y podría ser que, en efecto, lo quisiese así. Teniendo en cuenta todo esto, comprenda, Iván Fedoróvich, que ni usted ni su hermano Alekséi heredarán de su padre un solo céntimo, porque Agafena Aleksandrovna, al casarse con él, hará que ponga a su nombre todo su capital. Mientras que si su padre muriera ahora, antes de que nada de eso haya sido dispuesto, cada uno de ustedes heredaría cuarenta mil rublos, incluso Dimitri Fedoróvich, a quien tanto odia mi señor, porque éste no ha hecho todavía testamento desheredándole... Y Dimitri Fedoróvich está al corriente de todo eso.

A Iván se le crispó el rostro, encendiéndosele de ira. Estaba fuera de sí.

—En este caso —dijo—, ¿por qué me aconseja que vaya a Chermachnia? ¿Qué significa ese empeño tuyo? Me iré, y entonces pasará todo lo que dices...

Casi jadeaba.

—Se lo decía porque siento compasión de usted, señor. Si yo estuviera en su lugar, lo abandonaría todo y me iría. Sería mucho mejor que mezclarse en tales historias —le contestó Smerdiachkov, con gran calma y mirándole a los ojos.

Ambos permanecieron un momento callados.

—Pareces un perfecto idiota..., pero también un redomado granuja —dijo al fin Iván Fedoróvich, levantándose del banco.

Y se dirigió hacia la puerta que daba al jardín. Pero de pronto se detuvo y se volvió hacia Smerdiachkov, que se estremeció y retrocedió algunos pasos, como si temiera que su amo se arrojase sobre él.

—Me voy mañana a Moscú, si te interesa saberlo —le dijo Iván—. Mañana por la mañana. Y eso es todo —añadió irritado, extrañándose en seguida de haber hecho esta confidencia al joven cocinero.

—Es lo mejor que puede hacer usted —le dijo éste, como si no hubiera estado aguardando más que aquella frase—. Sólo que... si se va a Moscú, podrán telegrafiarle que vuelva en el caso de que ocurra algo.

—Y en Chermachnia, ¿no podrán también telegrafiarle que vuelva? —vociferó Iván Fedoróvich, sin saber él mismo por qué se irritaba tanto.

—Ciertamente, también podrán telegrafiarle a Chermachnia —murmuró Smerdiachkov, que parecía perder todo su aplomo, pero sin dejar de mirar a Iván a los ojos.

—Claro, lo único que sucede es que Moscú está más lejos, mientras que Chermachnia está más cerca. Por consiguiente, al querer enviarme a Chermachnia, lo que andas buscando es ahorrarme el dinero del viaje a Moscú, ¿no es eso? Quieres evitarme que gaste tanto dinero en ir allá, sobre todo teniendo en cuenta que tal vez tenga que volver, ¿no es así?

—Así es —balbuceó Smerdiachkov, con voz entrecortada y retrocediendo unos pasos.

En su rostro se reflejaba una sonrisa miserable y vil.

Con gran asombro por su parte, Iván Fedoróvich se echó a reír de pronto, y atravesó el umbral con grandes carcajadas. No obstante, si alguien hubiera contemplado con atención la expresión de su rostro, hubiese comprendido que su alegría era tan sólo aparente.

## 6

También fueron bruscas las primeras palabras que pronunció. Al encontrar en el salón a Fedor Pavlóvich, le gritó, agitando los brazos con vehemencia:

—¡Me voy arriba, a mi habitación! ¡No entro en las tuyas, de manera que hasta la vista!

—¿Qué le pasa? —preguntó Fedor Pavlóvich rápidamente a Smerdiachkov, que había entrado detrás de Iván.

—Está disgustado por algo, Dios sabe por qué —contestó el criado, eludiendo la respuesta.

—¡Bah! ¡Que se lo lleve el diablo! ¿De manera que